

El quinto primer premio

PAULA TOMASSONI

Dejó caer el hacha en un ángulo que, visto desde el público, parecía perpendicular al tronco. Pero se notaba que no, al ver desprenderse el pedazo de madera con forma de tajada de melón. Se había colocado de espaldas a sus tres contrincantes. Concentraba la vista en el punto exacto del tronco en el que tenía que caer el filo. Aprovechaba el peso del hacha para dar el golpe, porque no podía competir en fuerza con esos muchachones.

Los otros eran tres. Ninguno tenía más de veinticinco, treinta años.

Había uno que no era de la zona. Tenía puesta una remera *dryfit* de manga corta, que marcaba los músculos bien trabajados en algún gimnasio de la ciudad. Don Pala supo enseguida que ese oponente no era un desafío, y lo comprobaba ahora escuchando los golpes huecos que llegaban del tronco de la esquina oeste, adonde el *extranjero* transpiraba a mares haciendo una fuerza inútil: apenas podía lastimar la madera que le habían dado.

Los otros dos eran más peligrosos. Sobre todo, el más jovencito que, le habían dicho, trabajaba en un campo en El Maitén. Ni bien lo vio,

Don Pala supo que iba a darle pelea, y así fue. Desde la esquina en la que estaba el paisanito los ecos de los golpes sonaban plenos, cargados, certeros. El muchacho sabía usar su fuerza. Había traído, además, su propia hinchada: un grupo de jóvenes lo animaba gritando su nombre. Pero el público imparcial, el que se había acercado a presenciar la competencia, colmado de turistas, lo vitoreaba a él. Al principio con curiosidad y algo de pena: descreían que un hombre de su edad pudiera enfrentarse a esos jóvenes en un concurso que, a las claras, exigía mucha fuerza. Pero cuando veían que el viejo avanzaba con paso lento pero firme y se ponía a la vanguardia, los gritos cambiaban de la conmiseración al asombro y enseguida a la adoración. Entonces Don Pala sonreía por dentro. “¿Ah, sí?”, le hubiera gustado decirles. “¿Qué les parece ahora este viejo catrasca?”

Lo mismo le hubiera dicho a la Gringa esa mañana, cuando le vino con sus remilgos. “No se gaste la fuerza, don Pala. Guárdese para el concurso”. Él había negado con la cabeza desaprobando, sin decir una palabra. Se había acercado a la mujer, que ordenaba los platos sobre la mesada, le había levantado la pollera y la había tomado por detrás. Ella lo recibió en silencio, su único gesto de aprobación fue quedarse quieta y esperar la descarga ya débil que iría a limpiar al baño con una toalla vieja. Al terminar, el viejo le dio dos golpes en las ancas como gesto de aprobación y, por qué no, agradecimiento.

La Gringa era, a juicio del barrio, una hermosa mujer. Había nacido hacía treinta y ocho años en Zapala, pero se había venido al Sur con sus padres desde muy niña. Ella decía entonces que era de *allí nomás*, que había crecido a la sombra del Pirque. A los veintipico se había juntado con un ucraniano que la recibió en su casa como a una reina y le enseñó a hacer chucrut y conserva de remolachas en vinagre, que ahora la Gringa vendía a los turistas en la feria de El Bolsón. Un día le llegaron los chismes que hacía rato daban vueltas por el pueblo, de que el ucraniano andaba noviendo con su sobrina. La hija de Adriana, una de las cinco hermanas de la Gringa, ya andaba por los diecisiete y había echado el

cuerpazo de la madre. Fue Malena, la vieja del almacén, la que le vino con el cuento. La Gringa no dijo nada, pero a los dos días su marido y su sobrina se fueron del pueblo sin dar explicaciones. “Seguro se fueron a Madryn”, dijo Adriana que, sospechaba la Gringa, había sabido siempre. Al fin y al cabo, se trataba de su hija.

La mujer abandonada se encerró en su casa sin querer ver a nadie. Lloró un poco, repasó los últimos momentos con su marido, y pensó. Un par de días más tarde los vecinos vieron los postigos de las ventanas abiertos y las cortinas corridas: la Gringa limpiaba. Sacó a la ruta dos cajas enormes con ropa y cosas del ucraniano que los changos recogieron enseguida. Cambió de lugar la mesa y las sillas y dio vuelta el colchón. Consiguió algunos frascos vacíos de café y mermelada y los llenó con el chucrut que había en el tarro grande. Fue a hablar con Joaquín, su vecino que trabajaba la madera, para ver cómo era eso de vender en la plaza. Pegó un cartel en el almacén de Malena: *se ofrese señora para cualquier tarea doméstica*.

En dos meses casi se había olvidado del ucraniano y andaba en amoríos con uno de los pibes de los Fuentes, al que le llevaba por lo menos diez años. Pero no lo metió en su casa, ni a él ni a los que le siguieron. Si le preguntaban, ella decía: “Una sola vez tuve marido, que me enseñó los oficios que hoy me dan de comer. No necesito más”.

A diferencia de la Gringa, don Pala no limpió sus partes después de acabar. Se sujetó el pantalón con un cinto viejo y salió al patio a desperezarse. Llamó a los perros y los ató a un tientito corto, uno a cada extremo de la casa. Abrió la puerta de alambre para que salieran las gallinas y fue al galpón a buscar su hacha que ya había afilado el día anterior. Cuando volvió a su casa, la cocina estaba impecable y sobre el respaldo de la silla colgaba limpia y planchada la ropa de gaucho que Don Pala usaba para las fiestas. La Gringa ordenaba el cuarto. Él apoyó el hacha afilada sobre las pilchas y puso la pava para el mate, que estuvo listo cuando ella terminó. Antes de irse aceptó un amargo y los veinte pesos extras que su patrón le ofreció por los servicios de esa mañana.

Le deseó suerte en el concurso. “¿Suerte?”, pensó Don Pala. “¿Otra vez tengo que explicarte que no me hace falta?”. Y la dejó ir.

Por los gritos que daban a sus espaldas, el paisanito también le venía dando al tronco duro y parejo. Trataba de no perder la concentración porque sabía que, cuando el contrincante era bueno, a veces era cuestión de un solo golpe para ganar la contienda. Fijaba la vista en el punto preciso y le apuntaba desde la derecha y desde la izquierda. Una, una. Una, una. El ritmo era parejo y persistente. Escuchaba la desesperación del paisanito que había empezado a tirar algunos golpes huecos: el Pala sabía que eso era tiempo ganado a su favor. La gente gritaba disfrutando la que, dirían después, se convirtió en la final más excitante de la temporada. “¡Gana el viejo!”, decían, y enseguida: “No, no. Gana el pibe”. Los otros leñadores habían aflojado el ritmo de sus golpes y el concurso se dirimía exclusivamente entre ellos dos.

El premio eran quinientos pesos.

Finalmente, Don Pala vio la línea final del tronco como un cartílago, lo giró con una patada y, propinándole un golpe vertical, separó una parte de la otra. El público lo gritó como un gol de media cancha. Dos hachazos después, el paisanito cortó el suyo.

El viejo, con la camisa blanca impecable y el pañuelo verde y rojo anudado al cuello, se sacó la boina, se limpió la transpiración de la frente, clavó su hacha sobre la parte más chica del tronco que había cortado y, cargándola sobre el hombro, caminó para el podio. Allí lo recibió el animador del evento que, gritando sobre el micrófono, arengaba al público a vitorear al vencedor y lo invitaba a comprar cerveza artesanal en los puestos de la feria.

Don Pala se dejó coronar con una medalla que le colgaron al cuello y metió en el bolsillo de la bombacha el sobre con el premio. No quiso hablar por el micrófono. Qué iba a decir. Cuando el animador se acercó pidiéndole que dirigiera al público unas palabras, sonrió arqueando el bigote tupido, y le dio al locutor una palmadita en las nalgas. La gente sacaba fotos y aplaudía a rabiar, presa de una felicidad sin fin.

Con la medalla campeona colgando del cuello, y habiendo dejado en resguardo el hacha, buscó el puesto de cerveza del Vikingo, el preferido del público local. Al verlo llegar, los tres pibes, dos Villarríos y un Fuentes, que estaban tomando sobre el mostrador, se corrieron para dejar un taburete libre y hacerle lugar.

“Buena esa, Don Pala”, lo saludaron. El viejo agradeció con un movimiento de cabeza, se sentó, y pidió una cerveza negra. Le trajeron un vaso plástico grande, con medio litro de líquido oscuro y espeso. Don Pala sorbió un trago largo y apoyó el vaso: era la mejor, sin duda. Desde un puesto ubicado del lado de enfrente, que vendía panchos y sanguchitos de bondiola, la Gringa le hizo un gesto con la cabeza: su felicitación. Él le devolvió el saludo. Estaba anocheciendo y al festival le quedaban poco más de cuatro horas, pero dentro de un rato, proyectó, iba a arrimársele un poco, para llevársela a dormir al rancho. Era un buen programa para festejar su triunfo. Se movió un poco en el taburete, acomodando su excitación.

Venía tomando capicúa: negra, roja, negra. La de frutos rojos la dejaba para los turistas: “No tomo cerveza con gusto a mermelada”, decía. Bebía despacio, como rumiando, desandando el proceso, buscando en la malta el tueste de la cebada. Sobre el escenario sonaba un folclore de tono romántico. Agarró el vaso que estaba por la mitad, y caminó al puesto de la Gringa, que se había vaciado de clientes. La mujer limpiaba el mostrador de madera con un trapo de rejilla humedecido. Se acercó y llegó a tres o cuatro pasos del carro, pero se le adelantaron dos turistas, se acodaron en la tabla de ciprés recién repasada y preguntaron qué había de comer. Algo dijeron también por lo bajo que Don Pala no alcanzó a oír, pero la Gringa se sonrió. Tenía esas sonrisas amplias que dejan ver todos los dientes en fila, incluso los de atrás. Se había recogido el pelo para cocinar, pero un par de rulos rebeldes a las horquillas le caían sobre la cara.

Don Pala ocupó un lugar en la otra esquina del puesto y levantando el dedo índice pidió una bondiola completa. La Gringa tiró los tres

pedazos de carne sobre la plancha de hierro caliente, que escupió una nube de humo espeso que se fue disolviendo de a poco, ocupando el aire. Mientras la bondiola chirriaba, se acercó a repasar el lugar del mostrador adonde estaba apoyado el viejo. Pasó el trapo y con la mano izquierda levantó la medalla que Don Pala tenía colgada del cuello. “Mira vos” dijo, y volvió para dar vuelta los churrascos. Abrió por la mitad tres panes y los puso sobre la plancha para que se calentaran y absorbieran las grasas de la carne. Preguntó si querían aderezos. Los turistas aceptaron mayonesa. Enfiló los panes y ordenó sobre cada uno una rodaja de tomate y unas hilachas de lechuga. Sal. Mayonesa, mayonesa, nada. Repartió las rodajas de cerdo, y cerró. Don Pala ya empezaba a morder su cena cuando vio cómo el tipo le agarraba la mano a la Gringa. Fue cuando ella le alcanzó sus sánquches. Él atrapó su mano derecha y la sostuvo entre las suyas, mirándola y acariciándola. Algo le dijo que el viejo no alcanzó a escuchar, pero que hizo que la Gringa sonriera de nuevo y bajara la mirada.

A esos turistas se les notaba el acento porteño. Eran de La Pampa, pero Don Pala hubiera jurado que venían de Buenos Aires. Hablaban rápido y apenas abriendo la boca. A veces hasta era difícil entenderlos. Usaban camisas sueltas por fuera del pantalón, que se estiraban apenas en la espalda al mover los brazos. Uno de ellos, el que hablaba con la Gringa, era musculoso y de cuello ancho. Don Pala calculó que no tenían más de cuarenta años.

Comieron en silencio. Desde el escenario, la música se había empezado a agitar, y ahora sonaban unas chacareras. En una hora, más o menos, cerraba el espectáculo un grupo de malambo. Casi sin masticar, Don Pala empujó el último pedazo de su sánquche con la cerveza que le quedaba. Se limpió la boca con la manga de la camisa, y se puso de pie.

“Me voy a buscar el hacha” dijo en voz alta, sacudiéndose las migas de la ropa, y se alejó. Caminó hasta los baños químicos, en el costado del predio. Chiringo, el pibe que los cuidaba, lo dejó pasar sin hacer cola. Apuntando un poco torcido al inodoro plástico, descargó con alivio los

restos de la cerveza. Salió acomodando la faja sobre la bombacha que la Gringa le había planchado temprano. Escrutó desde lejos su puesto: había otra chica y su mujer no se veía por ningún lado. Fue a la casilla de madera adonde estaban los que organizaban la fiesta, a buscar su hacha. No había nadie, y la puerta estaba cerrada con llave. Se sentó a esperar en el escalón de la entrada: estarían todos disfrutando el encuentro, ya se había armado el baile al pie del escenario. Le dieron ganas de ir al baño de nuevo, pero esta vez fue hasta un árbol, atrás de la casilla. Estaba oscuro, y desde allí, meando la corteza de un radial viejísimo, escuchó los gemiditos de la Gringa. La música sonaba como si estuviera lejos, como un casete mal grabado. Volvió a su lugar en el escalón y esperó unos diez minutos más, hasta que llegó Rodríguez y le abrió la puerta para sacar el hacha.

La cargó sobre el hombro, y se sentó de nuevo en el puesto del Vikingo. Le quedaba espacio para otro par de cervezas. Decidió que terminaría la noche tomando solo negra.

Vio salir primero a un porteño, el más musculoso, de atrás de la casilla. Medio vaso de cerveza después vio salir al otro, abrazado a la Gringa. Cuando empezaron a acercarse a la luz, ella se separó del hombre y se escurrió por atrás de los puestos. Los dos turistas se sentaron en el stand de la cooperativa y pidieron cerveza tirada.

Don Pala acariciaba el extremo del mango del hacha, que él mismo había pulido y descansaba erecto al lado suyo. Era el quinto Primer Premio que obtenía, recordó mientras inclinaba el vaso hasta tomar la última gota de cerveza. La luz del puesto de bondiolas iluminaba a la Gringa, que pasaba el trapo rejilla sobre la mesada de ciprés.

Se hacía tarde, y los acordes desde el escenario se deshilachaban entre los borrachos del público. Hacía frío y todo el mundo se había abrigado. Don Pala cargó el hacha al hombro, y enfiló para el estacionamiento. Abrió sin llave la puerta del *Rastrojero*, y se acomodó en el asiento. Eructó con fuerza. Acomodó el hacha al lado suyo, en el piso, con el mango apoyado en el asiento, y arrancó. La camioneta empezó

a temblar con ruido y al viejo le entró sueño. Abrió la ventanilla para que el aire frío lo despabilara, y puso marcha atrás. Apenas movió el vehículo, se abrió la puerta del acompañante. Era la Gringa. Se subió de un salto a la camioneta.

“Me voy a dormir con vos, viejo” le dijo. Tenía frío. Se cruzaba sobre el pecho el saco con las dos manos, tratando de cubrirse. Don Pala cerró entonces la ventanilla, hizo el giro marcha atrás para salir de entre los autos, puso primera, y avanzó.